## PRÓLOGO: EL CHICO DEL FLEQUILLO EN UN LUGAR SIN NOMBRE

**El chico del flequillo** supo inmediatamente que estaba soñando, porque en ningún momento el pelo le tapaba los ojos. Ese flequillo era algo muy suyo, una seña de identidad, y si eso no estaba allí, debía ser que él tampoco.

Pero lo cierto era que sí estaba allí.

Nunca antes había pisado aquel lugar, pero sabía dónde se encontraba… y hubiera dado cualquier cosa por no estar allí. Sabía que su encanto natural y sus ingeniosos comentarios no iban a ganarse el corazón de nadie en aquella casa maldita y no lo iban a rescatar de lo que en ella se escondía.

Recorrió el pasillo con pie inseguro, muy distinto de su característico andar despreocupado, lo que reavivó la sensación de irrealidad y su certeza de que estaba soñando.

Pero… ¿lo estaba realmente? No se sentía disperso, moldeable, como le ocurría cuando soñaba. Todo a su alrededor era brutalmente sólido. Él mismo se sentía brutalmente sólido.

Bien, no estaría soñando, de acuerdo, pero seguía sin sentirse él mismo.

Lo que sí sabía, no obstante, era que algo no iba bien. De lo demás no sabía nada con seguridad, pero de que algo iba mal, no le cabía la menor duda.

Y aún era peor: caminaba hacia una puerta cerrada, una puerta que el chico del flequillo sabía que no debía abrir. Igual que sabía que se estaba dirigiendo a ella precisamente para eso.

Quiso luchar contra la voluntad de aquel cuerpo prestado, pero nunca se saldría con la suya. El chico del flequillo ahora lo comprendía: no era más que un espectador en aquella agobiante escena, así que dejó de luchar y se puso en guardia.

Ya estaba frente a la puerta y aquella mano que no era la suya ya sujetaba la manilla.

Dejó de oír, dejó de ser consciente de todo lo que lo rodeaba. El mundo pareció detenerse, quedarse a la expectativa.

Entonces la puerta se abrió y el chico del flequillo gritó.

Se había vuelto a despertar la maldición de Sinnombre.

# PRIMERA PARTE:

SINNOMBRE.

## CAPÍTULO I: LA HISTORIA DEL HOMBRE CON OJOS DE LOBO

**-¡Ni siquiera tiene nombre!** –exclamó Dani, desesperado. Todos sus argumentos hasta entonces habían sido inútiles, así que dio rienda suelta al simple y llano pataleo, aunque a unos 400 kilómetros de casa, eso ya no tenía ningún sentido, más allá de molestar a sus padres.

-Sí tiene nombre, se llama Sinnombre.

-Eso no es un nombre.

Su madre lo miró por el espejo retrovisor y Dani no fue capaz de leer en su mirada si la mujer seguía en disposición amistosa y comunicativa o si por fin él había cruzado la línea que separaba la paciencia de la ira. Por suerte, su padre dormía en el asiento del acompañante y no estaba escuchando la conversación entre ellos.

Con lo bien que había empezado el verano, con lo bien que había ido todo hasta entonces. Incluso un par de días antes, en casa, Dani había celebrado una fiesta por su cumpleaños. Acababa de cumplir trece años y sus padres habían invitado a todos sus amigos y a los pocos familiares que vivían lo bastante cerca como para asistir.

Le habían regalado un montón de cosas que él se había negado a incluir en su equipaje, en un vano intento de hacer más intenso el chantaje emocional al que había estado sometiendo a su madre desde que la idea del viaje había surgido.

Abrió su mochila y sacó de ella el único regalo que, en un impulso de última hora, había decidido llevarse, no había sabido bien por qué.

Era una especie de libro, solo que no era un libro, sino un diario. Parecía un libro, sí, pero sus hojas rayadas estaban en blanco, esperando a que alguien las llenara con sus vivencias. Era el regalo de su amiga Julia y en un principio no le había llamado demasiado la atención. De hecho, cuando ella le había sugerido que lo llevara consigo de vacaciones, hasta la había mirado mal.

No se sentía orgulloso de cómo había reaccionado con Julia y su regalo, sabía que ella había intentado animarlo, pero él era cabezota a más no poder y estaba convencido de no permitir que aquellas vacaciones fueran felices. ¿Por qué? Porque él había querido pasarlas en casa, tranquilo, y no en la otra punta del país rodeando de una familia a la que apenas conocía y que no recordaba haber visto nunca en persona.

Abrió el diario, cuya portada crujió un poco. Lo único que había escrito en él antes de que Julia se marchara a su casa tras la fiesta, como prueba de buena fe y para hacer las paces con ella, había sido lo que se podría llamar el título del diario, pero después de aquello no lo había vuelto a tocar. Miró ahora la inscripción y sintió una nueva punzada de remordimientos.

Daniel Corval Caballero

Verano de 1.995

Julia lo había inspeccionado, había asentido y, como muestra de que todo volvía a estar bien entre ellos, le había puesto la mano en el hombro y había sonreído. Aquello había hecho que Dani se sintiera aún peor. Luego ella, para rematar la jugada, le había cogido el boli y había hecho un pequeño añadido:

No me eches de menos, tonto.

Julia.

Pero él sabía que no podría cumplir aquello. No al menos, hasta que el mal sabor de boca desapareciera del todo, lo cual iba a tardar en ocurrir. Y la culpa de todo eso era de aquel estúpido viaje.

-Ni siquiera aparece en el mapa –murmuró, medio deseando, medio no, que su madre le oyera.

Iba a estar lejos de toda la gente que le importaba. De todos ellos. Porque en aquel momento la gente del coche no le importaba un comino. O eso se decía a sí mismo en su frustración por no haber logrado imponer su voluntad a los demás. Pablo y Alberto, sus otros dos mejores amigos, le habían dicho mil veces lo afortunado que era de poder marcharse de vacaciones tan lejos, pero él no pensaba igual. En el sitio al que iban, el pueblo con el estúpido nombre de Sinnombre, Dani no conocía a nadie. Sólo a su prima Judith, y hacía tantos años que no se veían que no guardaba de ella ningún recuerdo. De sus tíos, poco más podía decir.

De todos modos y aunque sólo tuviera trece años, Dani sí comprendía una cosa, por mucho que le doliera reconocerlo: su madre echaba mucho de menos a su hermano, el tío Marcos, y le hacía una grandísima ilusión aquel viaje.

Al pensarlo, se sintió un poco culpable. Un poquito nada más, sí, pero culpable. Otra vez. Primero había sido Julia con su regalo y ahora su madre con su ilusión. Y siempre él metiendo la pata. ¿De veras se podía echar de menos a un hermano? Miró al suyo, que jugaba en el asiento a su lado, y pensó que con lo plasta que era nunca lo echaría de menos cuando crecieran y se fueran cada uno por su lado. ¿Verdad? Por supuesto. ¿Seguro? Eh… sí, sí.

Resopló y miró por la ventanilla los árboles dispersos, los campos amarillentos, el bosque ocasional, un pueblecito, más campos amarillentos, un cementerio de camiones… Entonces un suave tirón en la manga de su camiseta desvió su atención de nuevo hacia su hermano pequeño, que lo miraba con los ojos marrones llenos de reserva.

-¿Y tú qué quieres? –le espetó.

-Dani –llamó su madre desde delante-, por favor.

Suspiró y preguntó de nuevo, esta vez en un tono más suave:

-¿Qué quieres, Berto?

-¿Te apetece jugar?

Berto tendió hacia él su dinosaurio de dos cabezas y el luchador de Pressing Catch, pero después de mirarlos unos segundos, Dani volvió a centrarse en el paisaje.

-No.

El pequeño se encogió de hombros y se puso a jugar solo. Lo había intentado y con eso le bastaba. No entendía por qué Dani tenía que estar todo el rato enfadado, pero a él le daba igual.

**Ya eran cerca de las tres de la tarde** cuando se decidieron a parar para comer. El restaurante, a veinte metros de una gasolinera de cuya marca Dani nunca había oído hablar, tenía aspecto de ser barato e incluso cutre, pero el aparcamiento estaba a rebosar de camiones, algo que su padre siempre decía que era buena señal, y con el hambre que ya tenía, le daba todo igual. Sólo quería comer… y, bueno, hacer pis. Primero eso último, sin duda.

El interior del restaurante, en contraste con su exterior, era acogedor y agradable. Nada más entrar, estaba la zona de cafetería, una puerta a la izquierda llevaba al comedor, donde las mesas y las sillas eran de madera oscura, como antiguas, y el aroma que salía de la cocina hacía la boca agua.

-¿Cuántos son? –preguntó el camarero que los recibió a la entrada del comedor.

-Cuatro –respondió su padre, que ya se había desperezado, pero que seguía teniendo aspecto cansado.

-Síganme, por favor.

El comedor estaba invadido por el ruido: cubiertos chocando con platos, murmullos, risas, sillas siendo arrastradas, la tele. Era hora punta en aquel local de carretera. La familia de Dani siguió al camarero hasta su mesa, éste repartió cartas y los dejó solos. Dani echó un rápido vistazo, vio lo que quería siempre, se lo dijo a sus padres y se fue a toda prisa a buscar el baño.

El aseo estaba bastante limpio, pero aun así pasó del urinario de pared y se metió en un cubículo, donde se tomó su tiempo. Cuando salió y se estaba lavando las manos, un hombre alto, de pelo y barba casi completamente blancos y con la espalda ligeramente encorvada por la edad, salió del otro cubículo y le sonrió. Dani dudó, pero le devolvió una tímida sonrisa.

-Me alegra ver que la juventud de hoy no pierde las buenas costumbres –dijo el hombre, mirándolo a través del espejo.

Dani le devolvió una mirada interrogante, también a través del espejo, pero no dijo nada. Había algo en aquel hombre que lo ponía nervioso, probablemente sus ojos. Los tenía de un marrón tan claro y luminoso que casi parecían amarillos y su mirada era igual de intensa que la de un animal salvaje. Eran ojos de lobo. Sin embargo, Dani no percibió maldad en ellos, igual que nunca había visto maldad en la salvaje mirada de un lobo.

-Te lavas las manos –aclaró el hombre-, hay mucha gente que no lo hace.

-Yo siempre lo hago –respondió Dani, ruborizándose.

-Bien por ti, bien por ti… Deja de buscar, no hay toallas de papel.

-Ah.

Dani miró el secador de aire con recelo y optó por secarse en los pantalones.

-¿Cómo te llamas, pequeño? Si no es indiscreción.

-Dani.

-Yo soy Enrique, Enrique Estébanez.

Se dieron la mano.

-¿Vas de viaje, Dani?

-Sí, a casa de mis tíos, pero debe estar lejos aún.

-¿Dónde viven?

-En un sitio llamado Sinnombre.

Los lobunos ojos parecieron oscurecerse.

-Ya…

-No le estoy engañando, se llama Sinnombre.

- Lo sé, lo sé, es sólo… Aún os queda bastante, sí.

-¿Lo conoce?

-Sí, lo conozco.

-¿Y hay algo bueno? Porque me voy todo el verano –dijo Dani, perdiendo la timidez y empezando a dar rienda suelta a sus frustraciones una vez más.

Pero Enrique no parecía prestarle ya atención. Miraba a un punto perdido en la lejanía de sus recuerdos.

-Vaya si lo conozco… Más de lo que me gustaría.

Dani no se atrevió a preguntar más, pero tampoco a moverse de donde estaba. Se limitó a mirar al hombre, esperando que siguiera hablando o se marchara. Le daba igual, pero quería que aquel denso silencio terminara.

-Nací y me crié en Sinnombre, Dani –arrancó a hablar Enrique-. Pensaba que también moriría allí, quizás tras cumplir algo así como 110 años. Por lo menos, claro. Igual alguno más.

Dani no pudo evitar arquear las cejas con incredulidad y casi se odió por aquel gesto espontáneo y probablemente maleducado.

-No me mires así, ¿o tú a tu edad no te crees inmortal? Cuando se es joven es lo que toca… La muerte no va con uno. Igual con los demás, claro, pero nunca con uno. Ay, qué equivocados estamos… No sabemos dónde nos espera la guadaña, pero nos espera.

La mirada del lobo había vuelto con intensidad a los ojos de aquel hombre y Dani sintió un escalofrío recorriéndole la espalda, como si el fatídico instrumento de la Muerte estuviera ya acariciándole el espinazo.

-Mi hermano se creía inmortal, Dani. Igual que yo y que todos. Pero no lo era. Hay pocas cosas en este mundo que causen un dolor semejante a la muerte de un hermano. La gente dice que sí, que lo peor que se puede hacer es sobrevivir a un hijo. Yo al respecto no puedo opinar, nunca he tenido hijos. Pero sí he tenido hermanos y a Roberto lo he perdido.

Dani volvió a sentir el escalofrío en la espalda y se le puso toda la piel de gallina.

-Mi hermano también se llama Roberto –dijo, casi disculpándose por interrumpir.

-¿Es mayor que tú?

-No, tiene ocho años, yo tengo trece.

-Trece… quién los pillara. Igual ya te ves mayor, pero no eres más que un niño y la vida aún no te ha dado muchos palos. ¿Sois sólo dos? ¿No tienes más hermanos? ¿Ni hermanas?

-No, sólo somos Berto y yo.

-Pues cuídalo, Dani. Cuídalo mucho. No vas a tener en tu vida ningún vínculo como el que existe entre tu hermano y tú. Te lo digo yo, el vínculo entre hermanos es único. Nadie va a quererte tanto como él ni va a aguantar tanto como te aguantaría él, si fuera necesario. Y tú harías lo mismo por él, te lo aseguro.

Enrique ya se había vuelto hacia la puerta del aseo y se disponía a marcharse, pero Dani, siguiendo un impulso repentino, habló de nuevo:

-¿De qué murió su hermano? ¿Era…? ¿Estaba enfermo?

El hombre se detuvo, se tomó un par de segundos y se volvió hacia Dani.

-Fue la maldición, ya que lo preguntas.

-¿Cómo?

Enrique se agachó un poco para mirar de frente a Dani, que quiso recular, pero no tenía dónde meterse. Los ojos del hombre se volvieron fieros, más lobunos que nunca.

-Mi hermano tenía 27 años y una salud de hierro. No estaba enfermo. Fue la maldición de Sinnombre lo que lo mató. Yo no estaba con él, nadie estaba con él. Algunos dicen que huyó del pueblo, que la vida de casado en aquella casa no era para él y que en cuanto pudo se largó. Pero yo conocía a mi hermano y sé que nunca se hubiera ido. Estaba enamorado. Y sé que no se fue, sé que murió. En aquella casa enorme, seguramente. Era un chico sencillo y aquél no era su lugar. O igual fue en el bosque, aquel lugar sí que está maldito. De eso estoy seguro.

De pronto, Enrique vio la cara de terror del niño y suavizó su expresión. Los ojos de lobo volvieron a parecer amables.

-Perdona, hijo. Me he dejado llevar. Era mi hermano y… ya sabes. Hay heridas que por muchos años que pasen no se cierran.

Dani sólo logró asentir.

-Sé que tuvo una hija, mi sobrina. Pero no sé dónde está. Su mujer, Sara… tampoco sé qué fue de ella. Yo me fui del pueblo cuando las partidas de búsqueda dejaron de reunirse y todos dieron a Roberto por muerto o desaparecido. No podía soportar aquello. Pero bueno, olvida todas estas viejas historias, no son más que tonterías. Ve a tus vacaciones y disfruta mucho en el pueblo. Seguro que hay muchos niños con los que jugar.

Dani se limitó a asentir de nuevo y trató de mostrarle una tímida sonrisa. La que Enrique le devolvió, mucho más amplia, transformó de nuevo su cara, le quitó una veintena de años de encima y le mostró al joven que había sido antes de que la tragedia lo apartara de su hogar y de la que hasta entonces había sido su vida.

-Cuida de tu hermano, Dani. No lo acerques al bosque, no es un lugar seguro. Quédate en el pueblo, báñate en el lago y visita los amplios campos que lo rodean por todas partes. Es un lugar maravilloso.

-¿Usted no va a volver?

Enrique Estébanez hizo una mueca.

-No creo, Dani. Aquel lugar ya no es el mismo, no para mí. No es un mal lugar, pero yo dudo que pudiera volver a ser feliz allí.

Dani se quedó solo en el aseo. Quieto y solo, tratando de asimilar toda aquella información. Igual resultaba que Sinnombre no iba a ser un sitio tan aburrido si tenía un bosque maldito y una casa encantada, ¿no?

Giró la cara hacia el espejo del baño y se miró detenidamente. Intentó imitar la mirada fiera de aquel hombre que tanto se parecía a un lobo, pero su cara de niño, pura inocencia, con el pelo oscuro y corto y la frente despejada, sin arrugas, no era fiera. Ni siquiera sus ojos, de un azul profundo, eran los propios de un animal salvaje. Sólo era un niño inofensivo, tímido y sencillo, que nunca daría miedo a nadie. Se peinó un poco con los dedos y volvió al comedor, donde el primer plato ya lo estaba esperando.

**Estaban terminando el postre** cuando a Dani se le ocurrió una idea.

-Mamá, ¿puedo ir yendo al coche después de terminar esto?

Ana miró a su hijo, que durante la comida los había dejado tranquilos con el tema de las vacaciones y pensó que igual por fin lo había asumido.

-¿Para qué quieres salir al coche con el calor que hace? –preguntó su padre.

-Quiero coger una cosa de mi mochila.

Los adultos se miraron un instante y le dieron la llave.

-Si te vas a quedar en el coche, abre un poco las ventanillas, que hace muchísimo calor y te vas a asfixiar. Y si vuelves antes de que nosotros terminemos, no dejes el coche abierto, hijo –instruyó Ana, antes de volverse de nuevo hacia su marido-. ¿Tomas café, Ángel? Yo necesito uno si quieres que siga conduciendo.

-Sí, voy a tomarlo, cariño. Y no te preocupes, que cojo yo el coche.

-Berto, mi vida, deja de jugar con la comida.

Dani terminó su tarta helada y salió al aparcamiento. Abrió el coche, lo recibió una bofetada de calor, bajó las ventanillas y se sentó en su asiento, caliente como un horno. Sacó el diario una vez más y junto con éste, el cutrísimo boli Bic verde con el que Julia y él lo habían estrenado un par de días antes.

Comiendo, se le había ocurrido que debía recordar las cosas que Enrique le había contado, por si acaso. Lo más probable era que sólo se tratara de los desvaríos de un viejo, pero como nunca se sabe y una historia macabra podía hacer sus vacaciones mucho más interesantes...

Pasó la hoja del título y acercó el boli a la primera línea de la página siguiente. Dudó sobre cómo empezar y puso en primer lugar la fecha. Después escribió todos los datos que pudo recordar de cuanto Enrique le había contado.

Lunes, 3 de julio.

Hoy he conocido a un señor en el bar de carretera en el que hemos comido. Estamos yendo a Sinnombre, donde viven los tíos. El señor se llama Enrique (se quedó un momento pensando cómo escribir el apellido, luego se acordó del nombre Esteban y continuó) Estébanez. Dice que su hermano Roberto, que se llama como el pesado de Berto, murió allí, pero todo el mundo dice que se marchó. Vivía en una casa muy grande y estaba casado. Su mujer se llama Sara, pero no sé el nombre de su hija. No me lo dijo.

Dani levantó la vista cuando alguien salió del restaurante, por si eran sus padres, pero no era otro que Berto. Dani pensó que iba a acoplársele y frunció el ceño, pero el niño pasó de largo en pos de algo más divertido. Aliviado, Dani escribió un poco más.

Mamá y Papá siguen en el restaurante bebiendo café, como siempre. No sé cómo les puede gustar, si está asqueroso. Berto se ha ido a los columpios. Parece un periquito, en cuanto ve un columpio no se baja. Cuando Mamá y Papá vuelvan, seguiremos el viaje a casa de los tíos. No quiero ir, pero bueno.

Por un momento, estuvo tentado de escribir todo lo que pensaba de aquel viaje y de lo egoístas que eran todos por obligarle a ir. Pero pensó en Julia y en el propósito con el que ella le había regalado aquel diario y no lo hizo. Recordó que se le había olvidado algo y siguió escribiendo.

También me dijo que no me acercara con Berto al bosque, que estaba maldito y que igual su hermano había muerto allí. O en la casa. Pero no lo sé. Tengo que buscar esa casa. Y ver el bosque. A ver si todo eso es verdad. Lo cierto es que estaría muy bien que fuera verdad.

Observó lo que había escrito y se sintió satisfecho. Había escrito casi dos páginas y le gustaba la idea de poder llenarlas todas. Mira tú que el regalo de Julia, que era una chica, iba a ser el mejor de todos… quién se lo iba a decir.

Cuando vio a sus padres salir del restaurante y llamar a Berto, cerró el diario y lo guardó en la mochila. No sabía por qué, pero de pronto quería mantenerlo en secreto. Era una tontería, puesto que nadie iba a prestarle atención al diario de un niño de trece años, pero aun así… Decidió que sólo lo sacaría cuando estuviera a solas.

Dani no tenía ni idea de todo el tiempo que pasaría a solas con aquel diario durante el verano. Ni de todo lo que se le venía encima.